

guión

Los pobres son una realidad obvia, no hacen falta explicaciones para saber quiénes y qué son. Están ahí formando la gran mayoría de la humanidad. Solamente por aislamiento y huida de la realidad se los puede ignorar. Una sociología de la pobreza, del hambre, puede precisar los datos, trazar el cuadro de esa realidad, su distribución por las distintas zonas del mundo, estratificación de las capas sociales, etc. A su vez una doctrina social se planteará el modo de remediar la pobreza por un más justo reparto de bienes o promoverá una toma de conciencia de los marginados sociales para que ellos mismos sean protagonistas de la reivindicación de sus derechos. Pero sin pretender suplantar ni invalidar ninguno de estos enfoques, quedan otras preguntas, que aunque —como todas las preguntas últimas— puedan parecer menos “prácticas”, son ineludibles y orientan y potencian las realizaciones inmediatas.

El pobre es un hombre al desnudo. Porque está despojado de cosas (dinero, casa, comida, ropa, consideración social, etc.), deja ver más al hombre. Se convierte él mismo en una interpelación: ¿quién es, qué vale para ti el hombre? ¿qué sentido tiene su vida? Estas preguntas se pueden hacer en el plano de la abstracción conceptual, pero el pobre nos las plantea desde la abstracción concreta de ese estar despojado de cosas. Lo que valga el pobre será lo que valga el hombre.

Las afirmaciones sobre la dignidad de los pobres levantan las sospechas, no siempre infundadas, de que se los estime en tanto que no se les quiera privar de ese privilegio de ser pobres. Con ellas puede camuflarse una ideología que sanciona la injusticia social. Se beatifica al pobre (“bienaventurados los pobres”) y con ello se le condena a pobreza perpetua. No tiene más que resignarse.

No es esta la interpretación justa de la Biblia ni en particular del Evangelio. Sin ser un manifiesto social, el Evangelio abre campo a los cambios sociales. No consagra al “dinero injusto” (Lc 16,9), el dinero que establece el contraste entre ricos y pobres. Moviliza al dinero para que vaya de donde lo hay a donde no lo hay, no simplemente por medio de una limosna que sea un pequeño apéndice en el presupuesto, sino de un modo mucho más radical, poniendo como prototipo de lo que hay que hacer con el dinero el darlo todo. Transforma el sistema de propiedad, dando origen entre los primeros cristianos, que no vivían en un monasterio, a un sistema comunitario de bienes. La comunión de espíritu, el tener un mismo sentir (“koinonía”) se traduce en co-

muni6n de bienes, en poner todo en com6n. El Evangelio, porque afecta a lo m6s 6ntimo del hombre, afecta tambi6n a las estructuras, en este caso a las estructuras econ6micas.

¿Pobres sociol6gicos o pobres de esp6ritu? ¿pobreza de dinero o de m6ritos ante Dios? Ante esta alternativa el cristiano, guiado por el Evangelio, se queda con los dos extremos, es decir, niega la alternativa, niega que tenga que elegir uno u otro. No se contenta con lo espiritual, porque la "carne", es decir, el hombre entero en su situaci6n concreta de debilidad, desamparo y pobreza, aunque no es la salvaci6n (la realizaci6n plena del hombre), s6 cuenta para la salvaci6n: "caro cardo salutis", la carne es el eje de la salvaci6n. Esto es patente desde la encarnaci6n hasta la resurrecci6n de la carne, que en clave de pobreza se podr6a traducir: desde el empobrecimiento hasta el enriquecimiento (glorificaci6n) del pobre. Y porque introduce la pobreza sociol6gica en este dinamismo de salvaci6n que abarca al hombre entero y al hombre en su situaci6n concreta, no hace de esa pobreza un fin en s6 misma, un ideal en el cual terminen las aspiraciones. La pobreza es un camino y un signo de su propia superaci6n. El evangelio de los pobres es el evangelio del Reino. Si se soporta el primero sin atenuaciones, se descubre el segundo como noticia buena y alegre, como donaci6n gratuita y total de Dios, que se da a s6 mismo.

Los pobres no s6lo revelan al hombre y son un fermento de transformaci6n de la sociedad, sino que adem6s revelan a Dios, o dicho de otro modo, Dios se revela en ellos como el Dios de los pobres. Es el Dios de los pobres, porque es el Dios de la justicia-misericordia. En el Dios de la Biblia la justicia y la misericordia no s6lo se atemperan o se combinan como una mezcla de severidad y bondad o de rectitud y condescendencia, sino que justicia y misericordia son en este Dios una misma cosa. Y son precisamente los pobres en quienes se revela esta unidad. La justicia de Dios consiste, no en darle su merecido a cada uno, sino en llenarle las manos a aqu6llos que se las presentan vac6as, a aqu6llos que por no tener no tienen ni un t6tulo en que apoyar su petici6n. Por eso su justicia es misericordia. Pero tambi6n se puede decir lo contrario: su misericordia es justicia. Porque hasta tal punto se compromete con el hombre y hace suya sus indigencias que remediarlas no es una obra supererogatoria, un dar descomprometido, a distancia y de lo sobrante; lo primero que les da en ese t6tulo de que carecen, y el t6tulo es la misma carencia, la misma pobreza aceptada y presentada ante Dios. Sin duda que entre la pobreza ante Dios y la pobreza ante los hombres hay una distancia, pero la salvaci6n de Dios tambi6n salva esta distancia. Por ello "pobre" no ser6 una palabra equ6voca, seg6n se la tome en uno u otro sentido, sino una palabra rica de sentido, que dice lo que el hombre es ante Dios con la par6bola viva de la condici6n indigente del hombre entre los hombres.